

El suicidio de España

Uno de los hombres más miserables —y cuidado si lo son!— de los que merodean en esa miseria moral que es la politiquería conservadora española, decía no hace mucho que al partido conservador se podía atacar y matar de deshacerlo, pero lo que no se puede es pedirle que se suicide. Y, sin embargo, esta es su obligación. ¿O es que no ha habido partidos, ligas, asociaciones, etc., que se han disuelto una vez cumplida su misión? Peor es que ese partido, y no él sólo, haga que se suicide España. Y ese mismo miserable político, que envuelve en gracejo las doctrinas más cínicamente antisociales e inciviles, ¿no tendrá acaso sobre su conciencia algún suicidio?

La que se suicida es España. Y acabe sea su más heroica hazaña, su más noble sacrificio.

Siéntese hoy en España una especie de voluptuosidad colectiva de disolución. Háblase en ella del desmembramiento, aún más, de la disolución sin pena y hasta con un cosquilleo de ania. ¡A ver qué es eso! ¡A ver cómo los encontramos dejando de ser españoles!

El máximo apóstol del republicanismo, Mazzini, el enorme Mazzini, que nunca fué federal o gúelfo, sino unitario o gibelino—gibelino del pueblo, —aquel creador espiritual de la tercera Roma, el que anhelaba que pudieran los italianos «despertados al sentido de su misión en el mundo, escribir en tiempos no tardíos sobre el Panteón de nuestros Mártires en Roma las palabras símbolo del porvenir: Dios y el Pueblo; Unidad y Libertad», el máximo Mazzini decía que la vida es misión. Lo es para un hombre civil e histórico, lo es para un pueblo. Y cuando termina su misión una nación, como un hombre, muere, debe morir. Y, en casos, hasta debe matarse, o al menos, dejarse morir.

La misión histórica de España se acabó ya y no tiene hoy conciencia de ninguna misión nueva. No la tiene España; no la tiene ninguno de sus hijos que pueda dirigirla. Y por esto, porque no hay conciencia alguna de misión colectiva de un papel que haya de jugar España en la historia, por esto, para encubrir la disolución, nace el henguado y raquítico ideal federalista. Una federación o confederación sólo serviría para conservar la apariencia de Estado o de nación, sólo serviría al miserable sentimiento de la propia conservación que le hace a un pueblo, como a un hombre, esclavo.

España tenía que cumplir en Cataluña, como en otras partes, una misión. Y esta misión que España tenía que cumplir en Cataluña no la ha sabido cumplir, no ha querido de veras cumplirla. No ha hecho más que aprovecharse de ella, de Cataluña, aprovechándola a la vez acaso. Y como no ha sabido o no ha querido o no ha podido cumplir esa misión, le surge la separación, que es un hecho—no separatismo, que es una idea—actual.

Ahora, de lo que no puede ni debe hacerse caso es de esa grotesca invención de la España Grande. Esa España Grande es un gran mausoleo, en forma de fábrica o de almacén, de taller o de lonja, para enterrar a la España histórica. En boca de los que más la traen en ella, eso de la España Grande es una mentira. Porque lo triste aquí es la insinceridad, la hipocresía de unos y de otros, de los que gritan *viva!* y de los que gritan *¡viva!*, de los de la Liga Patriótica Española y simpatizadores, y de los de la Liga Regionalista e izquierdista, que arrastra

tras de su sentimiento medioeval del patriotismo chico y grande. Viven unos y otros, ospanolistas y catalanistas, de mentiras.

¿Qué es eso de que una Confederación acabaría con las oligarquías y el caciquismo y el despotismo? ¿Quién es el papanatás que cree que con ocho o diez o doce Parlamentillos—según el número de naciones confederadas—y una especie de Reichstag español o ibérico para sus asuntos comunes se acababa aquí con esos males? Si es que no surgían otros poderosos... No, nadie cree de veras que ese sea un remedio: Lo que hay es que se siente el anhelo de la disolución.

«Es que si España se disuelve nacerán de ella otras naciones, que lo serán de veras»—se me dirá. No; esas naciones tampoco tendrán conciencia de una misión histórica, hacia fuera. No lo tiene Cataluña, nación profundamente conservadora, a la que sólo mueve el instinto de propia conservación, y que no tendrá sentimiento de misión histórica. Y si con el tiempo llega a cobrarlo, entonces se suicidará a su vez, heroicamente, noblemente, santamente, fundiéndose en nación más grande.

Las naciones nacidas de España que llegarán antes que lo que de España quede a cobrar conciencia de una misión serán las repúblicas españolas de América. Decimos *españolas* y no *latinas* ni *ibéricas*, porque en ellas se habla español—y cada vez más y mejor—y no latín ni ibérico (hay una, el Brasil, portuguesa); ¡y Dios sabe si con el tiempo no salvarán ellas a España, haciéndola, en un cierto sentido, una colonia suya! ¡No confederándose con ésta, no! Las repúblicas federales hispanoamericanas tienden, como toda federación con conciencia de misión histórica, a hacerse unitarias. El espíritu federalista de Rosas se borra de la Argentina, y el de Artigas del Uruguay. La historia les ha enseñado que el federalismo acaba por ser la barbarie.

Porque los Estados Unidos de la América del Norte tenían conciencia de su misión histórica universal—no sólo internacional, que es otra cosa,—impidieron con Lincoln la escisión de la nación. Porque allí son los Estados los que hacen la Nación, y no unas menguadas naciones las que hacen el Estado. La Unión Norteamericana proclamó con Lincoln que los Estados del Sur no tenían derecho a separarse de ella para darse a sí mismos el Gobierno que mejor les pareciese. La Confederación Norteamericana no acató la doctrina disolvente y suicida del pacto. Es que sentía la historia, y eso del pacto es prehistórico, es decir, anti-histórico, es no ya troglodítico, sino mítico.

Y España, falta de sentimiento histórico de una misión universal que cumplir, se suicida.

¡Dios la coja en su seno y que descanse en paz!

MIGUEL DE UNAMUNO.

